

El P. Diego de Hojeda
y
"LA CRISTIADA"

(Apuntes para un ensayo Literario
publicados en el diario de Caracas
"La Religión")

Por Fr. A. Mesanza



1925

Tip. Venezuela.—Caracas

“...La cabeza de Hojeda
de laurel inmortal ceñida
queda”.

Lope de Vega.

Dedicado el presente acto (1) para enaltecer al mejor de los Guzmanes y a su esclarecida Orden, mucho cavilé en la escogencia de mi tema por la misma riqueza del asunto; a última hora me fijé en uno que es dominicano, de nuestro suelo, eminentemente literario y poeta y al propio tiempo piadoso. Tema halagador para una monografía es hablar del fraile dominicano Diego de Hojeda y de su epopeya «La Cristiada», la mejor de las religiosas de nuestro rico idioma español.

(1) Velada literaria el 6 de agosto de 1921 en el 7º centenario de la muerte de Santo Domingo.

Como sería por demás prolijo o mejor imposible leer en unos minutos tesis que requiere más de una hora de tiempo, extractaré la presente Monografía sobre el gran libro, leyendo sólo algunos pedazos. No saldrán las loas de mi pobre entendimiento sino de plumas tan autorizadas como fueron las de un Quintana, un Menéndez Pelayo, un Milá Fontanals.

Los versos, señores, que vayan saliendo en este discursillo están tomados de "La Cristiada", único libro que nos dejó estampado el vate andaluz.

I

"Sevilla, la ciudad maravillosa
Y reina de ciudades admirables
Que Betis besa el pie y abraza al muro
Gimiendo al rico peso de oro puro"

fué la patria de Hojeda, allí nació de padres honestos, el año de la batalla de Lepanto, 1571 (2). Llamáronse sus progenitores Diego Pérez Núñez y doña Leonor de Carvajal. "Sabido es que en Andalucía, dice el P. Paulino Quirós, fué costumbre extendida entre familias acomodadas durante los siglos XV y XVI el imponer en la pila al segundo

(2) Cejador pone 1570 [?]

hijo varón el apellido del abuelo materno o de algún otro pariente cercano, si carecían de sucesión masculina y deseaban perpetuar el apellido, a cambio de ciertas mandas, herencias o adopciones. Esto explica el apellido impuesto al autor de "La Cristiada" sin obligarle a renegar de su raza."

Poquísimos se sabe de su vida y menos de su niñez, mas sí consta que sus progenitores opusieron a que fuera fraile y que, a ejemplo del extremeño Balboa, escapóse de la casa paterna para la América, escondiéndose en un tonel del barco y a imitación de muchos huyó de España para hallarse libre donde ni sus padres ni sus parientes le pudiesen impedir el ser fraile dominico (Meléndez). Como los grandes literatos españoles, Cervantes, Calderón de la Barca, y Quevedo, emprendió un viaje a tierras extrañas; pero mientras ellos buscaban los goces de la vida temporal y tuvieron una juventud borrascosa, nuestro vate acalló sus pasiones en la calma, y en la vida santa mortificada del claustro, que tiene ventajas, desde las cuales contemplaba él la vida eterna. (P. Quirós).

Llegó a Lima a lo que se cree en 1589

y a los pocos días vistió el hábito en el convento llamado de Santo Domingo o del Santísimo Rosario. Tres monasterios más tuvo en la ciudad de los Reyes la Orden dominicana, pero el principal era el de N. Padre que un autor lo describe así: “Era de ciento cincuenta varas de largo, en proporción ancho, con ocho patios, con una iglesia de ochenta y cuatro taras desde el altar mayor hasta el pórtico, rica en cuadros de Murillo y otros pintores célebres, más tres estatuas de Montañés, y una gallardísima cúpula, verdadero museo de esculturas; puede llamarse cuna del cristianismo en las inmensas regiones del Perú, pues al fundarse su capital Lima, antes de haber parroquias ni catedral, allí se cantaron las primeras alabanzas públicas a Dios, allí estaba la única pila bautismal, que forrada de plata se conservó hasta ayer, allí se cobijaban todos, españoles y naturales, conquistadores y conquistados, bajo el manto de la Virgen del Rosario, proclamándola luego patrona de todo el reino y allí se fundó la Universidad real y pontificia, titulada de San Marcos... Tres personajes figuraban en los días de Fr. Diego de Hojeda en la cumbre del poder

y del respeto en todo el Perú: el Virrey, el Arzobispo y el Provincial de los Dominicos (P. Alvarez)

Por aquel entonces y cuando Hojeda tenía diecinueve años de edad, San Martín de Porres que contaba ocho menos, ya principiaba a santificarse en su casa y un lustro adelante había de ser compañero en el mismo convento del poeta épico. Y Rosa de Santa María, "primera flor de santidad de toda la América", aún pimpollo, comenzaba a recibir las caricias del Amado en la Iglesia de Santo Domingo de Lima. Años después conocería a nuestro poeta y éste alguna vez la confesaría y muchas daríale la sagrada comunión.

"El año de noviciado, dice Meléndez, le gastó Fr. Diego en leer y estudiar la vida maravillosa de nuestro gran Patriarca Santo Domingo para medir sus acciones y componer los pasos de su vida el espejo cristalino de aquella que escogía por principal modelo de la propia, entendiendo y con mucho acierto, que pues había escogido el ser hijo de tal Padre, le convenía parecer su hijo, retratando sus acciones, porque el hijo que no se parece al padre, pone, en opinión de todos, en

duda su filiación”.

Años después decía de la Corporación dominicana el vate agradecido:

“Mas ¡oh tñ, madre de varones sabios,
noble academia de sagradas ciencias!
si no es hacer a tu valor agravios
y oscurecer tus claras excelencias,
desplega, ilustre Religión, mis labios
y de tus generosas influencias
¡oh círculo de estrella rutilante!
dame, para la gloria, luz bastante.

‘Tñ, cual madre a tus pechos me criaste
y dulce (1) leche de virtud me diste;
cual academia sabia me enseñaste
y en mí tus varias ciencias infundiste,
como estrellado cielo me alumbraste
de mis tinieblas en la noche triste:
Madre, academia y cielo, dame agora
para hablar de tí una voz sonora”.

— “Repetía los ayunos, contiñuba las
disciplinas y con estos ejercicios interpo-
laba a sus horas el de la oración, sacando
de ella maravillosos frutos de humildad
y resignación. Era tanto lo que se había

(1) En algunas ediciones por *dulce* se lee “buena,

entregado a las mortificaciones por la abstinencia y la disciplina, que tenía necesidad su maestro de novicios, que fué el V. P. Presentado Fr. Bartolomé Martínez (varón muy docto en las materias de espíritu) de irle al novicio a la mano en tantos rigores, enseñándole a practicar la penitencia en un medio que ni parezca juego de muchachos, ni sea carnicería, que, adelgazando las fuerzas, al cabo fastidie el azote, se apetezca el extremo del regalo y con él se vuelva el hombre a la vida holgazana del principio con ocasión de perderle.

Cumplido el año del noviciado—continuó el P. Meléndez— le dió la profesión el 19 de Abril del año 1591 el Ilmo. D. Fr. Domingo de Valderrama, siendo Prior del convento de Lima. Estudió y acabó sus estudios gloriosamente. Leyó Artes, fué maestro de estudiantes y lector de Teología muchos años, sin divertirle un punto los estudios de su principal negocio que era la perfección de su vida y salvación de su alma. Tratando un día del punto de la salvación con algunos religiosos, entre los cuales se hallaba el V. P. Fr. Juan Gálvez, de quien hemos hecho mención, y ponderando uno de ellos

la incertidumbre del fin del hombre y las contingencias de la humana condición y cuando a pique se vive de perderse, respondió: "Yo, padre, me consuelo con saber que mi predestinación está en las manos de Dios, y no en las mías, que en aquéllas está segura y en éstas estuviera muy tardía".

"Con la obligación de la lección se templó en las penitencias, no dejándolas del todo, sino usándolas con un poco de blandura, por no quedar inhábil para servir a la Religión con las prendas que Dios le había dotado; pero lo que en el padre maestro se tomó por blandura fuera en otro rigurosa mortificación. Ayunaba inviolablemente los siete meses de la Constitución, los viernes de todo el año, todas las vigiliass de Nuestra Señora y éstas a pan y agua, dormía entre dos mantas de lana, y de ordinario padecía de jaqueca y bahidos de cabeza por lo poco que dormía; traía siempre un cilicio debajo de la túnica de lana; cuando se azotaba era con un rebenque de nervios de toro, que por sus manos hacía, y con éste se abría las espaldas hasta derramar la sangre que corría hasta la tierra.

"Las penitencias que hacía, la mucha

sangre que derramaba, su poco comer, su menor dormir, y su mucho estudiar le trajeron a tal punto que casi perdió el oír. Púsose en cura, entregado a los médicos, y hallándose cada día peor de su sordera, se afligió mucho, entendiendo que se había hecho inútil para los ministerios de leer, confesar y predicar, y con esta aflicción, de las manos de los médicos fué a ponerse en las de Dios, diciéndole en la oración que si había de ser por agrado se sirviese Su Majestad concederle lo que las medicinas no habían podido dar, y que si no convenía, él estaba muy contento con hacer su voluntad, aunque del todo quedase sordo y aunque gustase Su Majestad de quitarle con el oído los otros sentidos. Perseveraba con mucho rendimiento la súplica, y un día, oyéndole Dios, se halló totalmente sano y libre de su accidente, de que dió muchas gracias a Nuestro Señor, entendiendo que con esta muestra se le intimaba una nueva obligación de ocuparse con mejores alientos en aquellos misterios.

“Servía a la Religión en ellos solamente por servir, sin atender otra cosa ni aspirar a los grados de la Orden; pero no fué necesario que él se lo solicitara,

porque Dios, que le miraba desasido de estas cosas, al mismo paso que él, siervo de Dios, humilde, las olvidaba, cuidaba Su Majestad de prevenirlas por medio de los Prelados, que, sin otro motivo que el grande conocimiento que tenían de sus buenos trabajos, le perturbara para Presentado y después para Maestro, sin que estos grados de tanto honor le hicieren mudar el paso que llevaba cuando no gozaba de ellos.”

“Era muy caritativo con los pobres, socorriálos en cuanto podía y alcanzaba las fuerzas de un pobre fraile, con mucha liberalidad, de lo que sus amigos y devotos le daban, conociendo su ánimo de hacer bien; y pidiéndole un pobre en una ocasión limosna y diciéndole que no tenía camisa, se quitó el buen religioso la que tenía de lana y con ella socorrió la necesidad del prójimo.

“Siendo Prior del Convento de N. Padre Santo Domingo, del Cuzco, alcancé un año tan estéril que morían de hambre los pobres, y no hallándose el siervo de Dios para el sustento de sus religiosos, que eran muchos, más que con 300 fanegas de trigo, hizo dar a los pobres gruesísimas limosnas de pan y a sus frailes

todo lo mismo, sin cercenarles nada de lo que en otro tiempo se les daba; y cuando se entendía que sin comprar otro tanto de trigo no había de poder pasar el año, no fué así, sino que con sólo aquellas 300 fanegas hubo para todo con tanta abundancia que, con ser tantos los que comieron del pan, en su convento no se sintió la falta general que padecían todos los de afuera.

“Parece que Nuestro Señor le había comunicado el dón de profecía, manifestándole lo íntimo de los corazones que está reservado a sólo lo perspicaz de su divina vista, y en prueba de ésto sucedió del caso siguiente:

“Estaba el padre maestro por Lector de Teología en el convento de Lima, y un religioso, novicio lego, de mucho espíritu, llamado Fr. Pedro de Mendoza, de quien se ha hecho memoria, deseaba mucho tener ocasión de comunicar con él algunas cosas tocantes al provecho de su alma en los ejercicios de oración y penitencia, y andando con este deseo, el maestro de novicios le envió con otro a la sacristía para que ayudase a misa, y estando en ella vió entrar al bendito P. Diego de Hojeda que se iba a disponer

para decirla, de que se holgó mucho, pareciéndole que se le había venido cuanto deseaba a las manos, pero no sabía ni se le ofrecía con qué medio se llegaría a él para hablarle; y estando todo ocupado en este pensamiento, el siervo de Dios, poniendo en él los ojos, le llamó haciéndole señas para que le ayudase a Misa. Levantóse el hermano Fr. Pedro, ayudóle a revestir, salió con él a la iglesia, y habiendo dicho la misa, vuelto a la sacristía, le ayudó también a deponer las vestiduras sagradas, y todavía perseveraba en su pensamiento de hablarle; pero no sabía cómo introducir la plática; y estando en esta perplejidad, el mismo siervo de Dios le abrió una puerta muy ancha, y preguntándole que cómo le iba en la Religión y respondiendo Fr. Pedro que bien, tomó motivo de aquí para tratar de algunas dificultades que tenía en la oración y pedirle un buen cilicio que le sirviese de alguna mortificación, porque los que hasta allí se había puesto no le parecían tales. Mandóselo el siervo de Dios, y dióle uno de cerda, diciéndole que se lo pusiera, como lo hizo; pero parecióle tan inútil como los demás, porque no le sentía en la carne ni le daba

la pena que él quisiera. Y pasados cuatro días volvió a la sacristía a ayudar a Misa y el siervo de Dios a decirle. Acordóse Fr. Pedro, con su vista, de la poca eficacia del cilicio: deseaba pedirle otro que le ejercitase más, y hallándose en la misma cortedad de llegarse al siervo de Dios, y aún pareciéndole que aquel día no tendría ocasión de hablarle porque tampoco la tuvo de servirle en el altar, el mismo siervo de Dios le llamó aparte en secreto y le dijo estas palabras:

—En efecto, hermano Fr. Pedro, que el cilicio que le dí no da pesadumbre; pues espero que dentro de dos días le ha de afligir de manera que no le pueda sufrir. Y dicho ésto se fué a la sacristía.

Y el novicio quedó muy admirado de que el siervo de Dios supiese sus pensamientos y el suceso del cilicio; pero más se admiró de todo cuando, llegado el plazo de los dos días, comenzó a sentir la molestia del cilicio, de manera que no pudiendo sufrirle se le hubo de quitar, alabando a Dios en su siervo que así había podido leerle los pensamientos y decirle lo que estaba por venir". Hasta

aquí el P. Meléndez [1].

II

“Ahora vamos a entrar (son palabras del P. Quirós) en una cuestión espinosísima, que no pudo o que no quiso abordar Meléndez; pero esa cuestión aceleró la muerte a fray Diego de Hojeda, que sufrió en silencio la pena que no merecía su intachable conducta”. Por eso, para que esto se vea, vamos a descorrer el velo de un cuadro triste, en el cual el P. Armería se verá esfumado, porque ejerce un cargo para el que no le había llamado Dios. Dió mucho que sentir, no reformó casi nada, y en el pecado encontró su penitencia; pues estuvo bastantes años amenazado de ir a la cárcel como consecuencia de su gestión.

El P. Alonso de Armería, natural de México e hijo de la Provincia de Santiago, tenía en 1609, al ser nombrado Visitador y Vicario general, treinta y nueve años de edad y el título de Maestro de Teología. En 1611 le vemos en Cartagena de Indias visitando a los domi-

[1] *Tesoros*, tom. 2, pags. 135 y sigts.

nicos del Nuevo Reino, pero se niega a subir al interior de Colombia y prohíbe que se elija Provincial de la de San Antonino mientras él no vuelva del Perú. Quiere gobernar desde allí conventos de NuevaGranada que no conoce y da otras ordenaciones a todas luces imprudentes, por lo cual Zamora, ochenta años adelante, escatima sus alabanzas al Visitador y con respeto le censura. (2) Pero pasemos al Perú. Allí, apenas pisa el país por enero de 1612, depone al Provincial Fr. Nicolás de Agüero, persona muy estimada en Lima y Predicador general. Hace lo propio con el P. Maestro F. Diego de Hojeda, quitándole el priorato del Rosario de Lima y con el P. Maestro Juan de Lorenzana. A los tres les quitó sus grados y todas las gracias de la Orden y, por lo tanto, les pone al nivel de los simples novicios. Y toda esta rigidez viene sólo "porque habían" "desaprobado en conversaciones parti-
"culares el proceder del Reverendí-
"simo P. Visitador y Vicario general

(2) Dice este autor, p. 335: "La mayor parte de la fábrica de esta iglesia [dominicana de Cartagena] se debe al

nicos del Nuevo Reino, pero se niega a subir al interior de Colombia y prohíbe que se elija Provincial de la de San Antonino mientras él no vuelva del Perú. Quiere gobernar desde allí conventos de NuevaGranada que no conoce y da otras ordenaciones a todas luces imprudentes, por lo cual Zamora, ochenta años adelante, escatima sus alabanzas al Visitador y con respeto le censura. (2) Pero pasemos al Perú. Allí, apenas pisa el país por enero de 1612, depone al Provincial Fr. Nicolás de Agüero, persona muy estimada en Lima y Predicador general. Hace lo propio con el P. Maestro F. Diego de Hojeda, quitándole el priorato del Rosario de Lima y con el P. Maestro Juan de Lorenzana. A los tres les quitó sus grados y todas las gracias de la Orden y, por lo tanto, les pone al nivel de los simples novicios. Y toda esta rigidez viene sólo "porque habían" "desaprobado en conversaciones parti-
'culares el proceder del Reverendí-
'simo P. Visitador y Vicario general

(2) Dice este autor, p. 335: "La mayor parte de la fábrica de esta iglesia [dominicana de Cartagena] se debe al

Armería y habían sido de opinión de reunir Capítulo provincial".— Aun más; fueron condenados los tres venerables religiosos "por animosidad y envidia, sin guardar ningún orden de derecho ni aun siquiera el de la razón, y acaso porque, como sabios y obedientes, defendieron la autoridad de nuestro Reverendísimo, que en muchas cosas han querido usurpar aquellos otros que

P. Maestro Fr. Esteban de Ovalles, hijo del convento de N. P. Santo Domingo, de Lisboa. Vino a esta Provincia el año 1580 y la sirvió, siendo doctrinero en los pueblos de esta gobernación y en la de Santa Marta por los años de 1612. Era prior de este convento de Cartagena en que la Divina Providencia premió sus trabajos y celo en las mortificaciones que le dió el P. Maestro Fr. Alonso de Armería, Visitador de esta Provincia. Sin duda que reservó el premio de lo mucho que sirvió en esta iglesia para que, sin gozar los de esta vida, los tuviere en la terna".

“sólo miran por su propio provecho” [1]

La saña de Armería causa escándalo. Los depone, les quita sus títulos muy altos y honoríficos y, hace más, les destierra de Lima enviándolos a conventos de menos importancia que los limeños.

“Y ahora diré—habla el P. Quirós—que lo que pasma en este largo calvario de varios años es no hallar rastro siquiera en los Registros del Archivo generalicio de alguna queja exhalada por estos hombres que, más que religiosos, parecen Santos.

“Bien puede decirse que el Señor les concedió aquellas gracias, que Hojeda, con un ardor y con una unción incomparables habíale pedido en una plegaria de la *Cristiada*, de lo que para muestra hé aquí una de las octavas:

(1) Carta al P. general del P. Fr. Andrés de Lisón, peruano, 17 de noviembre de 1613. Estas y otras citas muy importantes las tomo del artículo sobre el P. Hojeda, por el P. Paulino Quirós, publicado en el núm. 12 de “La Ciencia Tomista”.

“Cuando estudie en arte soberana
“de tu cruz la lección humilde aprenda;
“y en ese pecho, que dulzura mana,
“tu amor sabroso y tierno comprenda;
“y toda gloria me parezca vana;
“sino es la que en tu cruz ame y pretenda;
“y el más vivo tesoro, gran pobreza,
“y el deleite mayor, suma vileza”. (2)

¿Qué opinión se tenía de nuestro poeta teólogo por aquellos tiempos que el P. Visitador nombrado lo castigó tan severamente y con tanta publicidad? Vamos a verlo. En nuestro Archivo generalicio hállase un informe en italiano que dio acerca de la Provincia peruana, probablemente el P. Procurador general de la misma en Roma, Fr. Miguel de Aguirre o Fr. Fernando de Avalos, al Rvmo. Maestro general Agustín Galamini. El documento es del año 1608 o poco más y dice de Hojeda, así traducido a nuestro idioma:

“Entre los hombres notables han existido los siguientes Maestros: Fray Diego

(2) Es rarísimo en *La Cristiada* el defecto de la presente octava de la asonancia de los dos últimos versos con el sexto. La octava es del Lib. XI, oct. 67. Precédenle tres muy hermosas.

de Hojeda, sapientísimo Lector de Santo Tomás para sustentar y defender las Conclusiones y causar estupor con sus solos argumentos; elocuentísimo predicador; poeta insigne en Latín y en Español; hombre de conciencia y estímulo [?] en dar sus respuestas sin ficción en los exámenes que le confiaban los Obispos para la ordenación, o para hacer confesores, o para conferir curatos, o para censurar los libros, pues todos estos asuntos pasaban por sus manos. Será de cuarenta años más o menos.”

—Pero volvamos a tomar el hilo de su vida tal cual la dió el cronista P. Meléndez.

“Fué prior del Convento de nuestro Padre Santo Domingo del Cuzco, como está dicho, y Vicario Provincial de los Conventos de su Obispado, de donde pasó a ser Prior de su Convento de Lima, en que tuvieron origen sus grandes trabajos; pero llevólos todos con notable sufrimiento. El Vicario General Fr. Alonso de Armería le absolvió del Priorato y le volvió a enviar al Cuzco de Conventual, y estando en este convento en lo más apretado de sus fatigas, le fué a ver un caballero, grande amigo suyo,

y en la conversación comenzó a introducir cierta murmuración de las cosas del Vicario general; pero apenas entendió el siervo de Dios adónde apuntaba el discurso del seglar, cuando le atajó la plática, pidiéndole por merced que no pasase adelante, y el seglar replicó:

—Muy espantado me tiene vuestra paternidad, que no gusta oír decir mal de quien tanto lo ha hecho y lo hace.

Y el siervo de Dios respondió a su admiración.

—Pues ¿quiere vuestra merced que sea yo como el mal ladrón que se condenó en su cruz? No señor. La Majestad de Dios me tiene en esta de los trabajos, y he de procurar ganarme y no perderme. El padre Vicario general es un gran fraile y habrá mirado muy bien esta causa. Dios nos alumbre a los dos, que esto sólo hemos de pedir todos a su Divina Majestad.

Dentro de muy pocos meses recibió otra asignación para el convento de Huánuco, para donde se partió luego con notable sentimiento de la ciudad del Cuzco, porque todos le estimaban y veneraban por sus grandes virtudes, y al entrar por las puertas del Convento de

Huánuco dijo aquellas palabras que el Angélico Doctor Santo Tomás de Aquino cuando entró en el Convento de Casanova, de la orden del Cister: *Haec requies mea in saeculum saeculi* pronosticando con ellas que había de morir en aquel Convento.

Lo poco que estuvo en él fué con muy grande ejemplo de vida y dándose grandes pastos de oración y penitencia y ejercitándose en otras muchas virtudes, especialmente en la humildad y resignación a sus superiores. Aquí le dió una grave enfermedad y conociendo que era mortal, se confesó y pidió los Sacramentos del Altar y Extremaunción, que recibió muy en sí; y luego se suspendió por un rato, y volviendo de esta suspensión dijo:

Desventurado el hombre que dejare la penitencia para esta hora. Y después de dichas estas palabras estuvo un poco de tiempo sosegado, y expiró a 24 de octubre de 1615, siendo de edad de cuarenta y cuatro años.

A su entierro concurrió toda la ciudad y religiones de ella, y diéronle sepultura en la Capilla del Santo Cristo que era el entierro de los religiosos; y pasado

dos años llegó a visitar a aquel convento, siendo segunda vez Vicario general de la Provincia, el V. P. Pdo. Fr. Nicolás de Agüero, y el tiempo que estuvo en él trató de sacar los huesos de este bendito padre y de otros religiosos para pasarlos a una bóveda que se había hecho en la Capilla mayor de la iglesia nueva, como lo hizo, celebrando unas exequias suntuosísimas, asistiendo a ellas el Cabildo seglar y todas las religiones; cantó la misa el padre Guardián de nuestro padre San Francisco y predicó nuestro P. Vicario General Fr. Nicolás de Agüero.

Después de pasado esto, siendo Provincial el P. Fr. Agustín de Vega, por enriquecer con los huesos del maestro Hojeda el *Capítulo* de Lima hizo traerlos de Huánuco, y después de cantada una vigilia con una Misa de *Requiem*, al asir el cajón en que estaban los huesos algunos padres de los más graves para llevarlos a la sepultura, hallaron que el cajón estaba vacío, porque los religiosos del convento, la noche que llegaron, los habían sacado todo, por reliquias. Puso luego el padre Provincial un precepto formal y censura para que

parecieran; y sustituidos todos, y encerrados en el mismo cajón, les dieron sepultura en el Capítulo.

Hacen memoria de este bendito padre muchos historiadores; nuestro Obispo de Monópoli y Guevara, y las actas del Capítulo general de Lisboa (1) de 1618 y el Obispo de Caracas, y todos con singular elogio. [2]

III

Del V. P. Maestro Hojeda no conocemos ni conoce nadie sino *La Cristiada* y los versos laudatorios al poema el *Arauco Domado*, de Oña, impreso en 1596. Se vislumbra por el informe puesto atrás, traducido del toscano, que escri-

(1) *Item obierunt in eadem Provincia (Perú) Pater Magister Fr. Didacus de Hojeda, et P. Praesentatus Fr. Nicolaus de Agüero, poenitentia rara et morum integritate insignes*".

El P. Armería, que tanto le humilló, supo todo esta gloria de su perseguido, pues falleció el año de 1629 en Nueva España (Zamora, p. 358).

(2) Meléndez, loc. cit.

bió algo más antes de 1609, tanto en español como en idioma latino ("poeta insigne en Latino e in Voigai spagnolo") Pero estas composiciones nadie las ha visto, lo propio que las informaciones de libros y de personas que daría al Arzobispo de Lima, en virtud del oficio que tenía, y que deben de estar en el archivo arzobispal limeño.

Hay un pasaje en ese poema épico religioso (Libro V. oct. 168) que ha servido a muchos agudos intérpretes para deducir de él dos consecuencias: primera, que Hojeda era muy joven cuando redactó "La Cristiada", y, segunda, que pensó alguna vez en escribir una defensa del Doctor Angélico. La octava es la siguiente:

"Y el defensor de la verdad, Egidio,
del regio patriarca hijo noble,
que fué al grande Tomás docto presidio,
y corona ganó de fuerte roble;
cuya fatiga generosa envidio,
y "antes imitaré que el tiempo doble
mi corta edad", si el ocio deseado
da favor como suele, a mi cuidado." Lib V.

Es verdad que Meléndez nada nos dice de la obra que Hojeda pensó componer en defensa de Sto. Tomás, pero tampoco exhibe una línea en su extensa biografía

de *La Cristiada* que sin duda conoció y leyó, porque Meléndez también hacía versos. Además, ponese uno a imaginar ¿qué hacía el P. Hojeda durante los ocios de sus tres años de destierro en Cuzco y Huánuco? Pero dejemos de cavilar y pasemos al estudio del poema. Ante todo conviene advertir que me valgo para este ensayo de la edición de Barcelona, año de 1867.

La Cristiada compónese en su estructura material de doce Cantos que el autor llama Libros, toda ella en robustas y armónicas octavas reales las cuales sumadas dan 1975 estrofas o sea 15.792 versos. De *La Cristiada* bien puede asegurarse [dice un autor], y quizás sea caso único entre los poemas épicos, que no hay en ella nada, no digo ya profano, sino que no pueda ser materia de meditación para el alma más escrupulosa y delicada. Hojeda, gran discípulo y gran imitador de Santo Tomás, le imitó también en no rendir jamás la lira o un sentimiento mundanal. Tenía la vista fija en su Maestro, de quien cantó:

“Y el ángel y doctor maravilloso,
y de la teología verdadera,

“río de aguas y rayos caudaloso,
“reverberaba en la suprema esfera”.

Veamos ahora lo que han dicho algunos muy notables críticos del poema hojedano:

Milá y Fontanals escribió que era “uno de los monumentos más notables del ingenio español al par que de la piedad más insigne y acendrada”. Y en otra parte: “Un libro que por tantos títulos debe llamarse excelente, y que puede ponerse al lado y por ciertos conceptos encima de cuanta obras poéticas han tratado el mismo sacratísimo argumento, sin exceptuar la primera versión en habla virgiliana de los textos evangélicos, hecha por Juvenco, el terso y elegante poema de Jerónimo Vida, ni la grandiosa fábrica con tanto empeño levantada por el famoso Klopstock”.

Del eruditísimo Cejador y Frauca (“Hist. de la l. y Liter. Castell.”, tom. 4) son las palabras que siguen:

“Débese a Quintana el haber sacado del olvido el poema de Hojeda, el mejor de los religiosos compuestos en España.

“Más conciso que los poemas hasta entonces escritos, tiene calor, verdaderos sentimientos y grata melodía, sobre todo

al describir la Pasión. En la Oración del Huerto es original por la prosopopeya admirable que emplea. Escribieron sobre el mismo asunto el italiano Jerónimo Vida, el alemán Klopstock en su *Mesíada*, a quien sobrepuja. El inglés Milton en su "Paraíso perdido", obra de ingenio erudito y más madura, la vence en general por lo dramático, florido y grandilocuente, pero no por la sinceridad de los sentimientos y viveza de color."

"¡Singular privilegio del suelo americano, diré con Menéndez Pelayo, el que en él hayan sido compuestas las tres principales epopeyas de nuestro siglo de oro (1): la histórica en Chile, la sagrada

(1) Creo que pudo el polígrafo haber dicho "de todos los siglos" a secas. Y cosa particular, Ercilla el padre de la *Araucana* y Hojeda de *La Cristiada* y Balbuena del *Bernardo*, del *Siglo de Oro*, y de *La Grandeza Mexicana* eran españoles de nacimiento pero que vinieron de jóvenes al Nuevo Mundo. Lo propio puede decirse de Juan de Castellanos, autor del más extenso poema que existe en nuestra lengua, unos 120.000 versos. Y cosa más particular aún, ni a

en el Perú, la novelesca y fantástica en México, Jamaica y Puerto Rico!"

Entresaca otras frases del mismo literato: "Puede gloriarse Lima de haber dado hospitalidad en su convento de Predicadores al que sin empacho podemos llamar el primero de nuestros épicos sagrados, émulo victorioso del obispo Jerónimo Vida y digno de emparejar a veces con Milton y Klopstock. Fué éste el dominico sevillano Fr. Diego de Hojeda, grande entre los raros poetas de su Orden (2), y de primera nota entre los

Balbuena ni a Hojeda nombra siquiera Fitzmaurice-Kelly en su "Histor. de la liter. española". A Castellanos le despide con una línea!!!

2) Muy cierta la expresión "raros poetas de su Orden" más hecha para la metafísica que para las letras ajenas. Por esta misma rareza conviene sacar a luz todos nuestros tesoros literarios. Fr. Juan Gálvez, sevillano y dominico y contemporáneo de Hojeda [y el cual citó Meléndez en la vida del autor de *La Cristiada*] fué tan notable poeta que los de su tiempo lo pusieron a la altura de Hojeda, especialmente por su epopeya

de España, por más que tanto tiempo pesara sobre el injustísimo olvido, de que por fin vino a redimirle la alta y serena crítica de Quintana. No hay en *La Cristiada*, ni cuadraba al sublime y tremendo asunto que el religioso poeta eligió, la fantasía intemperante y deslumbradora, el lujo oriental o tropical del *Bernardo*, ni tampoco la novedad de materia y color que realzan la *Araucana*; pero es, sin disputa, el mejor compuesto de nuestros poemas, el más racional en su traza y distribución de partes, el que penetra en esferas más altas del sentimiento poético, el más lleno de color, de elocuencia patética, de afectos humanos, de viva y penetrante efusión, que en ciertos pasajes, como el cuadro de los azotes, es capaz de arrancar lágrimas al lector menos pío. La ardiente elocuencia de nuestros ascéticos, la del venerable Granada, sobre todo, en sus *Meditaciones sobre la Pasión*, nadie la ha

perdida "Historia de Corté."—V. M. y P. "Histor. de la poesía hispano amer.—Ferú."

igualado (1) entre nuestros poetas, salvo el P. Hojeda.....”

Nota Quintana con más o menos fundamento (dice Milá), poca energía en la pintura de los caracteres, falta de dignidad en el desempeño de algunas ideas grandes, difusión y estilo en ciertos puntos poco claro, o sobrado familiar, o menos poético por abstracto; pero afirma que “no deja de alcanzar a veces en invención, en abundancia y en color de estilo a los más célebres poemas de la Inglaterra y de Alemania”; que “tiene más magnificencia, pasajes de mayor elevación y un color de entusiasmo ascético más propio del asunto, a pesar de sus desigualdades, que toda la

(1) Sin ofensa del épico de la Orden, pues uno y otro son de casa, podemos decir que muchas veces el poeta sevillano plagia y casi copia (en cuanto cabe copiar la prosa en verso) al orador granadino. Los que están avezados a las Meditaciones de Fr. Luis dirán que es mucha verdad esto, si han leído una vez siquiera *La Cristiada*. En Lima se leía mucho entonces a Granada, como se ve en la vida de Santa Rosa.

“cultura de Vida”; que su dicción
“hierva toda de expresiones sublimes a
“veces, a veces tiernas y dulces”; que
consiguió dar “a la acción toda la riqueza
“y variedad posibles, sin romper la uni-
“dad y sencillez de su plan, sin alterar
“en un ápice la religiosa austeridad que
la caracteriza”. Tratando en fin, del
desempeño del argumento escribe Quin-
tana estas elocuentes palabras: “No hay
“duda en que está grandemente conce-
“bida en *La Cristiada* esta alta compo-
“sición; en que los hombres, sin saber
“lo que hacen, persiguen, atormentan y
“ajustician a su Salvador; en que los
“espíritus infernales, inciertos al prin-
“cipio del gran acto que se prepara,
“dudan, averiguan, después tratan de
“impedirlo por medio de blandura, y
“desengañados al fin y furiosos de no
“poderle estorbar acrecientan hasta un
“punto sobrenatural la rabia y crueldad
“de los sayones, como en venganza de la
“mengua que van a padecer; mientras
“que los moradores del cielo, conmovi-
“dos a un tiempo de dolor, de horror y
“maravilla por lo que se convierte a los
“hombres con el Hijo de su Hacedor,
“bajan y suben de la tierra al cielo, del

“cielo a la tierra a suministrar aquí
“consuelos, allí esperanza, más allá fir-
“meza y resignación, y algunas veces
“terror y espanto, ya que no se lo per-
“miten ni la defensa ni el castigo:
“Dios en lo alto, inmóvil en sus actos,
“llevando a cabo la obra acordada en su
“mente para beneficio de los hombres, y
“su Hijo en la tierra prestándose al
“sacrificio, y sufriendo, con toda la
“majestad y constancia de su carácter
“divino, aquel raudal de amarguras y
“dolores que vierte sobre Él la perversi-
“dad humana. Así el cielo, la tierra,
“los ángeles, los demonios, Dios y los
“hombres, todo está en movimiento,
“todo en acción en este magnífico espec-
“táculo, donde la pompa y la brillantez
“de las descripciones, la belleza general
“de los versos y del estilo corresponden
“casi siempre a la grandeza de la inten-
“ción y de los pensamientos”. Hasta
aquí son palabras del resucitador de
Hojeda, de Manuel Quintana, el cual
“venciendo su genial antipatía con-
“tra la poesía religiosa” (M. y P.) sacó
de la oscuridad *La Cristiada* y la reco-

mendó. (1)

IV

Fáltanos demostrar lo dicho trayendo algunos fragmentos del poema, si bien reconocemos que no alcanzarán aquí a producir todo su efecto, como cuando sean leídos con los que les anteceden y les siguen. Y principiamos con el cuadro del momento del eclipse en el canto de la crucifixión, del cual dice textualmente Quintana u Ochoa:

“Yo no conozco cosa que se aventaje
“en grandeza a este pedazo de poesía, y
“puede ir a la par con cualquiera de las
“ideas sublimes que se admiran en Ho-
“mero, Dante, Miguel Angel, Milton y
“los demás poetas y pintores de esta
fuerza.”

Ved la invención y fuerza verdaderamente poéticas con que, en lenguaje y construcción sintáctica de su tiempo, pinta cómo el arcángel San Miguel, príncipe de la milicia angélica, hizo que el sol, figurado y animado por el mito helénico de Apolo y su carro halado

(1) Prólogo de “La Musa Epica”, tomo 1, edic. de 1833.

por cuatro caballos, y describiendo el cuarto cielo de los antiguos, se anublase en señal de duelo por la muerte de Jesucristo en la cruz:

Estaba el sol entonces coronado
De largas puntas de diamantes finos,
Y en medio de su curso levantado,
Los montes abrasaba palestinos:
Miguel, viendo a su Dios crucificado,
Desnudo ante los bárbaros indinos,
Con hidalga vergüenza y noble celo
Bajó del cielo empíreo al cuarto cielo.

Y a los fuertes caballos rutilantes,
Que echaban fuego por las bocas de oro,
Las ruedas volteando coruscantes
Que dan al Mundo Nuevo el gran tesoro,
Los encendidos frenos radiantes,
Sin guardar al planeta más decoro,
Asió con la una mano valerosa,
Y con otra la máquina espantosa.

Y el carro así parado, alzó los ojos
Al sol, que con mil ojos le miraba,
Y fulminando por la vista enojos,
El fin de sus intentos aguardaba:
Abriendo, pues, Miguel sus labios rojos
Con voz le dijo resonante y brava,
Increpando al planeta excelsamente

Porque daba su luz resplandeciente:

“¿Es posible, inmortal, noble criatura,
“Que miras a tu Dios en cruz desnudo,
“Y ofreces luz a aquella gente dura,
“Que sin miedo en la cruz ponerlo pudo?
“Cubre tu clara faz de noche oscura,
“Con razón fiero y con verdad sañudo;
“Desate el mundo así sus gruesas nieblas
“Y a su Criador couozca en tus tinieblas”.

Dijo; y el sol, avergonzado luego,
Sus rayos en sí propio recogidos,
Negó su bella lumbre al mundo ciego,
Por dejar a los hombres confundidos.
Espantóse el romano, admiró al griego,
Ambos en esta ciencia esclarecidos,
Ver un eclipse tal; y el crudo hebreo
Se quedó pertinaz en su deseo.

¡Oh Dios! Cuando tu luz no resplandece,
Ni la luz sirve, ni aprovecha el día
Para que el hombre ciego no tropiece,
Y ciego se despeñe en su porfía;
Ni el quitalle la luz más luz le ofrece;
Que quien bañado en luz, la luz no vía.
¿Qué hará en las tinieblas sumergido?
¡Dormir en noche oscura y torpe olvido!

Bajó Miguel después triste al Calvario

Con su escuadrón de ardientes serafines,
Do temblaba Luzbel, su gran contrario,
Con otro que lo fué de querubines:
Y estuvo allí asistiendo al santuario
De Dios con sus trompetas y clarines,
Tambores destemplados y banderas,
Y otros mil instrumentos y armas fieras.

.....

Veamos ahora la escena tan justamente ponderada y de las más bellas de la epopeya hojedana; los azotes en la columna:

“Con bravo són crugieron, sacudidos
de aquellas manos por su mal valientes,
y llegaron a dar, descomedidos,
en los miembros de Dios resplandecientes:
parad, parad verdugos atrevidos,
parad, parad los brazos insolentes;
que no es razón que ese castigo infame
su furia sobre el mismo Dios derrame.

Si prohibido está que al ciudadano
de Roma se le dé tan baja pena,
¡cómo darla quereis al soberano
Señor que leyes en el cielo ordena!
¿Es menos sér el sumo cortesano
de aquella patria de excelencia llena,
y Rey del mundo, que de Roma un hom-
(bre

de nobleza común, de oscuro nombre?

Mas ¡ay, que baja por el aire apriesa
sobre el cuerpo de Cristo el fiero azotel
¡Ay Dios, que llueven, cual de nube es-
(pesa,
golpes en el supremo Sacerdote!

¡Ay Dios, que de sacar sangre no cesa,
para que toda en el dolor se agote
la cruel disciplina! ¡Ay Dios amado!

¡Ay Jesús, por mis culpas azotado!

Yo pequé, mi Señor, y tú padeces;
yo los delitos hice, y tú los pagas;
si yo los cometí, tú ¿qué mereces
que así te ofenden con sangrientas llagas?
mas voluntario, tú, mi Dios, te ofreces
tú del amor del hombre te embriagas;
y así porque le sirva de disculpa,
quieres llevar la pena de su culpa.”

Observa aquí Milá y dice: “¡Con cuánta oportunidad se infringe en este pasaje la regla épica de que el poeta debe desaparecer completamente para dar lugar a los personajes y a los acontecimientos! ¡Cuán felizmente interviene el autor para hablar como hombre, en nombre propio y el de todos los hombres!”

Como me haría demasiadamente prolijo y tendría que copiar gran parte de "La Cristiada," sólo indicaré los trozos más bellos siguiendo el juicio de eminentes críticos:

La vestidura que lleva Jesús al huerto de los olivos, en la cual estaban representados los pecados del mundo (1)

La Oración personificada que sube al cielo a pedir a Dios por su Hijo:

Los consuelos del arcángel Gabriel a la Virgen María vaticinándole la resurrección de su Hijo; y todo el asunto de la Crucifixión y los dos fragmentos copiados en el presente párrafo IV.

Terminaré el presente ensayo con diferentes puntos sobre el poema cristiano que nos ocupa.

Bello ejemplo de armonía expresiva. Después que Gamaliel deduce que N. S.

(1) ¡Cómo son ciertos críticos! Alguno dijo en libro de texto de historia de literatura que la tal vestidura y lo en ella pintado era un adefesio y de lo más defectuoso de *La Cristiada*. Yo me atengo al buen juicio literario de Menéndez P. que marca los puntos aquí puestos como los mejores del poema.

Jesucristo es el Mesías prometido y verdadero Dios, expresa así el P. Hojeda la rabia de Caifás, en el libro 3º:

“Cual grande arroyo, cual aceña ondosa,
a quien detuvo su veloz corriente
parte de alguna cumbre peñascosa
desgajada en lo hondo de su fuente,
que, impedido su fuerza poderosa,
brama entre sí con ímpetu valiente,
hasta que, furia y aguas aumentando
vence la roca y sale reventando;

tal el fiero pontífice, oprimido
del peso ilustre de verdad tan grave,
inquieto brama, y sufre detenido,
y al fin en su furor y en sí no cabe;
enojado, colérico, encendido,
que ni puede callar ni hablar sabe;
olas de saña y de ambición aumenta,
y sobre la verdad misma revienta.

Al religioso y docto reprehende,
y su doctrina y plática atropella....”

No hay que buscar en el libro de Fr. Diego de Hojeda alusiones personales ni subjetivas ni locales. El poema, tal como está, puede haberse redactado en el Viejo Mundo como lo fué en el Perú. Sólo una vez (Libro 4º habla de aquel

país al enumerar los dioses falsos que acompañan a Luzbel en cierta sesión infernal:

“Ni los dioses en Méjico temidos
de aquesto horrendo cónclave faltaron,
de humana sangre bárbara teñidos,
en que siempre sedientos se empaparon;
ni del Perú los ídolos fingidos,
que en lucientes culebras se mostraron;
ni Eponámon, indómito guerrero,
Mavorte altivo del Arauco fiero.”

Dos veces habla de Santo Domingo y una de su Madre la Orden dominicana(1) Concluamos el escrito copiando esto:

“Y el buen Domingo, de humildad
(maestro,
le echaban los herejes en el lodo,
y él, en paciencia ejercitado y diestro,
rostro alegre mostraba y dulce modo:
y el hombre serafín del cielo nuestro,
de las virtudes un segundo todo,
entre piedras y vulgo, ardiendo estaba
en Dios, y las injurias despreciaba(L. 49)

(1) Hace el elogio de los santos principales de la Orden de Predicadores y de otras Corporaciones religiosas.

“Y tú, de Cristo apóstol escogido,
ángel en vida, querubín en ciencia,
de hijos sabios padre esclarecido,
su celo raro, y único en prudencia,
que fuiste al mundo por su bien nacido
y dado por espejo de inocencia,
por luz del cielo, y del infierno asombro,
ibas, Domingo, con tu cruz al hombro.

Que tú, viva a la cruz, y en la cruz
(muerto,
viviste siempre en Dios y en cruz seguro;
para la cruz tuviste el pecho abierto,
y della recibiste ánimo puro;
de la cruz enseñaste el modo cierto,
y mejor imitaste el paso duro,
y fue la santa Cruz bula cruzada
en tí, su gran Domingo, publicada.

(L. 11^o)

“Mas, ¡oh tú, Madre de varones sabios,
Noble academia de sagradas ciencias!
Si no es hacer a tu valor agravios,
Y oscurecer tus claras excelencias,
Desplega, ilustre Religión, mis labios,
Y de tus generosas influencias,
¡Oh círculo de estrellas rutilantes!
Dáme, para tu gloria, luz bastante.

Tú, cual madre a tus pechos me criaste,

Y buena leche de virtud me diste;
Cual academia sabia me enseñaste,
Y en mí tus varias ciencias infundiste;
Como estrellado cielo me alumbraste
De mis tinieblas en la noche triste;
Madre, academia y cielo, dame agora
Para hablar de tí una voz sonora.

Mostró el Padre a su Hijo soberano
En tu claro hemisferio luces bellas
Tantas, que exceden al ingenio humano
Que en número distinto quiere vellas:
Cual luna sabia, un resplandor ufano
Entre el coro gentil de sus estrellas
Tu fundador, mi Padre, despedía
Y en ciencia y fuego, en luz y amor ardía.

Y el ángel y doctor maravilloso
Y de la teología verdadera,
Río de aguas y rayos caudaloso
Reverberaba en la suprema esfera;
Y el mártir en el púlpito famoso,
Y de la inquisición base primera
De colores y lumbres retocado
Se mostraba en conceptos dibujado;

Y el de Ferrer clarísimo Vicente
Terrible anuncio del final juicio,
Como estrella radiaba en el Poniente,
Su voz cumpliendo así su grande oficio;
Y Antonino, con mitra refulgente,

Y al pueblo humilde con verdad propicio,
En la cátedra insigne de Florencia
Lucía en vida y coruscaba en ciencia.

Y el apacible en santidad Jacinto,
Apóstol incansable de Polonia,
Con claro azul y resplandor distinto
Alumbraba a la oscura Babilonia;
Y entre los grandes que en tu cielo pinto,
Alberto, gran decano de Colonia,
Favorecido de la Reina ilustre
Que es de Dios Madre, al mundo daba
(lustre;

Y el alma de las leyes decretales,
Raimundo, espanto y honra de los Reyes,
De la gloria mostraba los umbrales
Con sus rayos de luz y santas leyes;
Y Catalina, cuyas huellas reales
Devotos mil y religiosas greyes
Iban siguiendo en obras y doctrina,
Ciencia brotaba infusa y peregrina.

Mas ¿quién podrá contar ¡oh madre
(santa!

De aquellos tus varones generosos
La copia inmensa, que entendida espanta,
Y a los astros excede numerosos?
De tantos sabios muchedumbre tanta
Los conceptos deslumbra más lustrosos;

Déjolos de nombrar; que es vano intento
Las estrellas contar del firmamento. (L. 5)

Van aquí dos estrofas modelos, del
último canto:

«De Marta en estos pies me defendiste,
Y vuestra ciencia en ellos me enseñaste;
De vuestra voz colgada me tuviste,
Y a vuestro cielo atenta me elevaste.
Mas ¡oh divinos pies! ¿qué no hiciste
Con esta pecadora que sanaste,
Dejándola tocar con sus cabellos
Los pies de Dios y ser honrada dellos?

“¿Adónde verterán, mis pies amados,
Adonde verterán agua mis ojos?
Y ¿a qué pies mis ungüentos regalados
Daré, como vencida, por despojos?
Y ¿cuáles otros pies, de mí abrazados,
Me quitarán suaves mis enojos?
¿Qué otros pies besará mi triste boca,
Sino estos que con sus labios toca?”

Es verdad que una golondrina no hace
verano ni un prologuillo-dedicatoria
puede demostrarnos hasta donde se hu-
biera remontado nuestro dominico al
haber escrito en prosa. Pero si al bene-
ficiado D. Joan de Castellanos se le juzga
grande prosista por sus prólogos, dedi-
catorias y advertencias al lector no, más

y menos que mediano versista por sus miles y miles de octavas, al P. Fr. Diego de Hojeda, al contrario, hemos de colocarlo entre los mejores versificadores iberos por sus dos mil *octavas ritmas* (1) y entre los malos prosistas por la dedicatoria de treinta líneas dirigida al Marqués de Montes Claros y Virrey del Perú Don Juan de Mendoza y Luna. La tercera estrofa del Libro 1º es esta:

“Tú, gran marqués, en cuyo *monte*
(claro
la ciencia tiene su lugar secreto,
la nobleza un espejo en virtud raro,
el Antártico mundo un sol perfeto,
el saber premio, y el estudio amparo,

(1) Quizás haya versos de Hojeda en la siguiente obra que apunta Palma en un tomo de sus *Tradiciones*: “Corona fúnebre por la muerte de D^a Margarita, mujer de Felipe III, muerta en 1612; arreglada por el P. agustino Fr. Martín de León.” Volumen de 296 pgs. en 4º e impresa en Lima, año de 1613. En aquellos siglos todos los poetas del lugar ponían su hoja o su flor en las Coronas fúnebres.

y la pluma y pincel digno sujeto:
oye del Hombre Dios la breve historia,
infinita en valor, inmensa en gloria.”

Por fin, para concluir diremos que *La Cristiada* por razón de su misma índole y lenguaje, no ha sido traducida a ningún idioma extranjero, y es obra que que aun entre españoles e ibero-americanos es muy poco conocida, siendo únicamente admirada de un escaso círculo de eruditos, como escribió D. Cayetano Rosell. Esto hizo exclamar a Menéndez Pelayo en las siguientes palabras que nos avergüenzan, pero que son muy justas y verdaderas:

“Si en España no estuviera el gusto tan ríñatadamente estragado, no andaría *La Cristiada* confundida y olvidada en un rincón de la *Biblioteca de Autores Españoles*, sino que se multiplicarían sus ediciones para deleite de las almas devotas, no menos que de los hombres de buen gusto. Quintana harlo hizo con sacarla de la oscuridad y recomendarla, venciendo su genial antipatía contra la poesía religiosa”.

CRONOLOGIA

1571.—Nacimiento del P. Hojeda en Sevilla.

1590 (Últimos de marzo).—Novicio dominico en Lima (Perú).

1596.—Publica sus primeros versos en *El Arauco Domado*, de Pedro de Oña.

1601. (Mayo).—El Capítulo General de Roma señala la Presentatura del P. Hojeda.

1606.—La Provincia dominicana del Perú pide para el P. Hojeda la Magistratura (o título de Maestro) y el Rvmo. P. General se la da este mismo año.

1609. (Marzo y Mayo).—Licencias de imprimir *La Cristiada*. Lo mismo en España, en 1610.

1609. (Entre septiembre y diciembre). Prior de Cuzco.

1610. (Principios del año).—Prior electo y confirmado del convento del Rosario, de Lima.

1611.—Impresión de *La Cristiada*, en Sevilla (compuesta entre 1604 y 1608). Algunos ponen la Magistratura el 23 de junio de 1611, y el año de 1606 la Presentatura.

1612 (Hacia marzo).—El P. Visitador General Armería lo depone del priorato de Lima y sale desterrado al convento de Cuzco.

1614.—Enferma el P. Hojeda en el convento de Huánuco a donde había sido trasladado de Cuzco.

1615 (Agosto).—Restablecidos por el P. General en sus títulos y gracias de la Orden el P. Hojeda y compañeros injustamente castigados.

1615 (24 de octubre).—Muere Hojeda en el convento de Huánuco, quizá sin saber la absolución del P. General.

Ediciones de «La Cristiada»

1611.—La de este año es la primera, y fué hecha en Sevilla.

1851.—La segunda fué publicada en Madrid en el tomo XVII de la "Biblioteca Española", de Rivadeneira. Ignoro si se habrá reimpresso dicho tomo, como otros de la propia "Biblioteca".

1867.—La tercera hecha en Barcelona (¡Cosa rara; no la conoció M. y Pelayo!). Es la que yo tengo. No sé si será muy fiel por lo que dice "revisada por el R. fray Manuel Ribé". En ella el poema tiene 1974 octavas reales y doce Libros o Cantos.

1896 [?].—La cuarta con retrato del autor y prólogo del P. J. Cuervo, O. P. [La tuve en mi poder, pero no recuerdo el año de su impresión].

1896-1899.—La quinta. Esta es la edición elegantísima y “a todas luces monumental” de la Casa González de Barcelona. Tiene una estrofa más que la tercera.



Compendios o arreglos del mismo poema

1837.—1ª, en París; mal compendiada por Berriozábal. Sólo tiene 680 octavas.

1841.—2ª, el mismo Berriozábal sacó otra edición en Madrid con el título de “Nueva Cristiada”. No sé si es reimpresión de la de 1837.

1848.—El P. Aracena, O. P., reimprimió en Santiago de Chile el compendio de París, 1837, con otro título. Esta edición está plagada de erratas; muchas quizá serán "enmiendas" de Berriozábal, que estropeó el hermoso poema.

Ha visto el lector del presente folleto el poco trabajo mío en estas páginas. El P. Meléndez y el mismo P. Hojeda tenían el folleto preparado. Pero ¿adónde está la obra de los "Tesoros Verdaderos" del primero para leerla? Los mismos dominicos del Perú, de cuyas glorias trata el benemérito historiador, dicen que los "Tesoros" son un tesoro por lo excaso de los ejemplares que hoy se encuentran. Por esto mismo he copiado páginas enteras de aquel libro....

El poeta épico me ha dado todas las octavas, dos veces reales; quizás no supe escoger lo mejor. Abrí su joyero y casi al azar tomé las que me parecieron más preciosas. Como esto se escribió para

leer en Certamen literario en honor de Santo Domingo, cogí de preferencia estrofas que hablaran de nuestras glorias, aunque tales estrofas no son las mejores.

Quiero que se conozca más al Venerable y poeta Fr. Hojeda y por ello he publicado este escrito como anuncio o aviso; mis fuerzas no son para un panegírico.

Fr. A. Mesanza.

